

¡Cuidado!
Conociste a dos viajeros en la ciudad
que prometieron llevarte
por el valle abajo, muy lejos,
a un extraño carnaval aquel día de verano.
Cuidate, no sea que en la calle abarrotada,
con pies olvidadizos, te ganen la delantera
dejándote allí plantada.

VERA M. BRITAIN¹

1. «The Two Travellers»; *Verses of a VAD* (Erskine Macdonald, LTD. Londres, 1918). [Todas las notas son del traductor].

PRÓLOGO

Desde la entrada abarrotada hasta el piano en el extremo opuesto de la sala se extendía, dorada, seductora, diáfana, la superficie entarimada. Damas con vestidos blancos de cola —las madres y las tías de otras niñas en la fiesta— se deslizaban sobre ella como cisnes en un lago. Sus reflejos, de un blanco plateado, flotaban tras ellas en el dorado entablado. Frotando el piso con un pie, Muriel pudo sentir con alegría su resbaladiza pulidez, rota sólo a raros intervalos por nudos de un marrón aterciopelado en la madera.

La señora Marshall Gurney hablaba con la señora Hammond, por lo que Muriel podía aguardar en el refugio que le ofrecía la entrada. En breve también ella habría de cruzar aquel espacio brillante y unirse a los otros niños en las sillas junto a la pared. No obstante, agradecía el intervalo de espera. Era divertido permanecer allí, mirando alrededor de las faldas de su madre las filas rectas de grietas que, corriendo juntas por el piso, iban a encontrarse en algún punto a la sombra del piano. Era divertido ver a los niños con sus chaquetas negras acercándose a las niñas, las cuales, con sus rígidos vestidos de muselina, parecían flores de papel creciendo a lo largo de las paredes. Era divertido decirse a sí misma una y otra vez que aquella era la fiesta, la fiesta, la fiesta... y sin embargo saber, mientras lo hacía, que la fiesta no estaba en ninguna de esas cosas; ni en las hojas de palmera, ni en el piano, ni en las fajas rosas, ni en los carnés de baile —por

más que estos tuvieran lápices colgando seductoramente de cordones escarlata—, ni en los montones de golosinas y baratijas que se vislumbraban a través de la puerta entreabierta del comedor, conforme avanzaba sobre las alfombras rojas para estrechar el terrorífico esplendor de la mano enguantada de la Sra. Marshall Gurney. No, la fiesta residía en alguna ilusoria e indefinible esencia de algo deleitoso que aguardaba a Muriel allende el umbral dorado del salón.

—Muriel lleva esperando su fiesta mucho tiempo —le estaba diciendo la Sra. Hammond—. Nunca antes había estado en el salón de actos.

La Sra. Hammond era menuda y adorable como una paloma. Arrullaba suavemente cuando hablaba, y los invitados, cuando hablaban con Muriel, se referían a ella como «tu querida madre». Para la fiesta lucía un vestido nuevo de satén lila y amatistas alrededor de su bonita garganta. Muriel sabía que ella era más hermosa que nadie en el mundo.

La señora Marshall Gurney replicó con la voz profunda y gutural que le correspondía por ser, precisamente, la señora Marshall Gurney. Muriel no alcanzó a oír lo que dijo, pero la Sra. Hammond respondió con su suave risita: «Oh, sí, sólo tiene once años y es bastante tímida». Entonces Muriel supo que estaban hablando de ella.

Los adultos, naturalmente, siempre hablaban de los niños como si éstos no se hallaran presentes. Muriel deseaba que eso no le hiciera sentir mal, como si hubiera sido traviesa o comenzado a llorar frente a extraños. A su hermana Connie, pensó con envidia, aquello le gustaba bastante.

Mas ¿qué importaba eso? ¿Qué importaba nada? Estaba en la fiesta, con su vestido nuevo confeccionado por la modista de su madre. Le había costado horas de aguantar de pie sin apenas respirar, tratando de no moverse mientras aquella digna dama caminaba de rodillas a su alrededor, con cabezas de alfiler asomando entre los labios; se habría

dicho que, como Connie, sólo tuviera nueve años y medio y estuviera jugando a osos. Después había venido la larga ceremonia de vestirse ante el fuego del cuarto de las niñas, con Connie bailando entusiásticamente, queriendo probarse las sandalias y los guantes de seda de Muriel y tocar los suaves pliegues de su fajín. Durante todo el camino hasta Kingsport, con las piernas colgando del pescante de la berlina —siempre viajaba fuera con Turner, pues hacerlo dentro la mareaba—, Muriel había visto una luna cornuda viajar con ellos sobre el oscuro y quebrado relieve, mientras cantaba para sí a la luna y a Victoria —el viejo caballo de tiro—: «Voy a la fiesta, a la fiesta, a la fiesta».

Y allí estaba ella.

El éxtasis la dominó y la mantuvo hechizada.

La mayoría de las sillas alineadas a lo largo de la pared estaban ya ocupadas. La señora Cartwright se había apoderado de la señora Marshall Gurney.

—Ya casi es hora de empezar a bailar —dijo la madre de Muriel—. Debemos llenar tu carné de baile. Hay muchos niños aquí a quienes conoces. Mira, ahí viene Freddy Mason. Te acuerdas de él, ¿no es así, querida?

Muriel recordaba a Freddy. Una vez que fue con sus padres a tomar el té a la granja de los Mason, Freddy las llevó a Connie y a ella a jugar en los almiarés. Habían subido por una escalera —un esfuerzo vertiginoso en el mejor de los momentos—, quedándose paralizadas cuando Freddy, pisándole los talones a una de ellas, contaba detalles espantosos de accidentes recientes. A mitad del ascenso, Muriel sintió que sus manos resbalaban bajo el peso de un gran saco de maíz y que la tierra ascendía a su encuentro adelantándose al impacto de un hombro contra ésta, al caer como acababan de contarle que lo hicieron aquellos pobres diablos. Había trepado temerosamente por la resbaladiza paja de cebada, estremeciéndose por el dolor de una caída que

había sentido vivamente, aunque en vez de yacer descoyuntada en tierra se acuclillaba milagrosamente en la cima de la pila. Se había sentado con las piernas colgando en el vacío en lo alto del hermoso tobogán de Freddy, agarrándose a la traicionera paja con dedos desesperados, viendo cómo unas gallinas pequeñas como moscas picoteaban alrededor del almiar, mientras el miedo le hacía cosquillas en las plantas de los pies y alentaba sobre sus pálidas mejillas. Entonces, como una misericordiosa liberación o una culminante agonía —no sabría decir cuál de las dos cosas—, Freddy la empujó y ella cayó flácidamente con una velocidad cegadora, hasta quedar medio enterrada en la paja al pie del montón, perdida el habla y más allá de la esperanza, más allá del miedo y más allá de la agonía.

Aquello había ocurrido hacía mucho tiempo. Pero en ese momento no deseaba bailar con Freddy.

—No creo... —empezó a decir con su vocecita remilgada, y estaba a punto de añadir «que quiera bailar con Freddy» cuando la señora Hammond acabó la frase por ella.

—Naturalmente que querrá bailar contigo, querida. —La Sra. Hammond se jactaba de saber lo que pasaba por la mente de Muriel (la mente de su propia hija) y a menudo terminaba por ella sus oraciones vacilantes—. No debes ser tan tímida, querida —la reprendió suavemente—. Bueno, Freddy, ¿cómo se encuentra tu madre? Espero que esté mejor de su resfriado. Conoces a mi pequeña Muriel, ¿no es así? Naturalmente. Fuiste tan amable enseñándole tu linda granja aquel verano. ¡Por cierto que has crecido desde entonces! Ella disfrutó mucho, ¿no es así, querida?

El asiento de Muriel se había convertido en un inestable saliente de paja que ella sentía ceder peligrosamente bajo su peso. A kilómetros de distancia más abajo, gallinas pequeñas como moscas picoteaban en el pulido entarimado.

—¿Dónde está tu carné de baile, querida? —preguntó la Sra. Hammond.

Muriel lo entregó, pero la esperanza fue muriendo en su corazón conforme el lápiz escarlata se movía entre los rechonchos dedos de Freddy.

Polca, baile de granero,² vals...

Recorrió con la mirada la lista de bailes. Sólo el nombre de Freddy arruinaba la blancura virgen de la página opuesta. Al pensar en la segunda polca se estremeció. Aun así, él sólo había pedido un baile. Eso no podía estropear la fiesta.

Un caballero con una flor roja en el ojal cruzó la sala y se sentó al piano. Por su forma de caminar, Muriel supo que iba a ser de los divertidos. Ella nunca se equivocaba.

El pianista deslizó los dedos sobre el teclado como si estuviera tocando una escala, sólo que más bonita. En un minuto, las chaquetas negras y los vestidos de muselina se arremolinarían juntos en una solemne polca. Muriel no quería bailar. Prefería observar las figuras en movimiento, tejiendo extraños patrones de sombra sobre el piso reluciente. Prefería escuchar la música y golpear con el pie el costado de su silla al ritmo del «un, dos, tres, cuatro».

Las filas a lo largo de las paredes se disolvieron. Nancy Cartwright —una niña atrevida, a decir de la Sra. Hammond— ya había atraído a su ruborizado compañero hacia el centro del salón. Los siguieron una segunda y una tercera pareja.

—¿No tienes compañero para éste? —preguntó la Sra. Hammond.

—No sólo para éste, mamá —murmuró Muriel, vagamente consciente de haber incumplido su deber.

—Oh, querida..., bueno, déjame ver —dijo la Sra. Hammond.

Levantándose, comenzó a buscar por la sala. Muriel deseaba llamarla, correr tras ella, detenerla; pero no se atrevió

2. *Barn-dance* («baile de granero») en el original; cualquier tipo de baile que involucre música tradicional o folclórica con estilos de danza tradicionales.

a aventurarse entre aquel tráfico giratorio de bailarines. Permaneció muy quieta en su silla, mientras las faldas, en sus movimientos circulares, cepillaban sus rodillas.

Si pudiera permanecer en silencio, observando y escuchando, la fiesta acabaría encontrándola de algún modo durante su vigilia.

Del techo colgaban oscuros festones de relucientes laureles y acebos, alegres banderas y farolillos de color naranja y bermellón. Resonó una carcajada infantil, desafiando los ecos de la saltarina melodía. «Oh, quédate quieta, quédate quieta —dijo el corazón danzante de Muriel— y ya verás cómo llega el deleite».

En eso, la hoja colgante de una palma rozó la nuca del pianista. Su mano izquierda, dejando de hacer los bajos de los acordes, se disparó hacia arriba como si fuera a matar una mosca. Fallando su objetivo, volvió a lanzarse sobre el teclado para hacer justicia al *fortissimo* de la coda, pero el movimiento dejó la hoja oscilando sobre el borde del cuello. El pianista, levantando la mano, agarró la hoja y la agitó. A ello le siguió una auténtica batalla entre la palma y la polca. La risa se agolpó entonces en la garganta de Muriel, mas siendo como era una niña educada, trató de ahogarla allí. Aquello le divertiría mucho a Connie cuando se lo contara. Connie podía ser latosa a veces, pero su sentido del humor era extraordinario.

Dando un salvaje tirón, el caballero al piano arrancó una hoja de la palma y la arrojó a un lado. El músico, no obstante, había luchado por la paz en detrimento de la polca. Con un repentino estallido de éxtasis, Muriel vio que se trataba de la hoja equivocada. Su risa estalló, deliciosa e incontrolable.

De estas y otras delicias estaba compuesta la fiesta.

La Sra. Hammond permanecía junto a su hija.

—Muriel, querida, ahí está Godfrey Neale. Ha llegado tarde y no tiene pareja para este baile.

Muriel se levantó, obediente y cortésmente, para cumplir con su deber. La Sra. Hammond estaba obviamente complacida de que Godfrey no hubiese hallado compañera de baile; después de todo, lo que se hacía en las fiestas era bailar.

Muriel no bailaba bien. Madame Bartlett, a cuyas clases asistía todos los miércoles, había dicho de ella que era un perchero. La música era hermosa, especialmente la que creaba limpios patrones de sonido, entrelazándose como ramas desnudas silueteadas contra un cielo despejado. Pero en tanto que la mente de Muriel respondía a su ritmo, su cuerpo no lo hacía en absoluto. Daba saltitos alrededor de Godfrey con desconsolada cortesía. Sólo su ligereza y esbeltez hacían soportable el progreso del bailarín.

Él era más alto que ella y mucho, mucho mayor. No tendría menos de catorce, pensó Muriel con asombro. Godfrey Neale, Godfrey Neale; fue vagamente consciente de él como de algo espléndido y remoto, asociado a una hermosa casona tras altas rejas de hierro en la carretera hacia Wearminster.

En eso toparon con otra pareja.

Muriel se percató, de forma repentina y devastadora, de sus propias limitaciones. Trató de remediarlas moviendo los pies con concienzuda precisión.

—¡Uno, dos, tres, salto! ¡Uno, dos, tres, salto! —se decía.

—Te ruego me disculpes —murmuró Godfrey.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que había estado contando en voz alta.

El siguiente salto la hizo caer con una inesperada violencia sobre los brillantes zapatos de baile de Godfrey.

—¡Lo siento!

—Oh, no ha sido nada. Un camarada me dio una patada jugando al fut... fútbol la semana pasada y tengo un buen car... cardenal.

—¿De verdad hizo eso? ¡Qué horrible! ¿Te dolió mucho?

—Oh, apenas. ¡Sólo fue un pequeño accidente sin importancia!

En su preocupación, Muriel derivó repentinamente hacia la derecha, estando así en un tris de provocar la ruina de la belicosa palma. Acababa de reunir el valor suficiente para obsequiar a aquella deslumbrante criatura con su mayor tesoro narrativo —la historia del episodio de las cosquillas al pianista—, pero la evitación del último peligro echó el cuento a volar. Aun así, Muriel sintió que era preciso realizar un esfuerzo adicional.

—¿Vas a menudo a fiestas? —susurró ella, mas tan suavemente que él tuvo que pedirle que le repitiera la pregunta.

La repetición de la pregunta enfatizó la inanidad de ésta. Ella se sonrojó, tragó saliva y trató de dominar su voz temblorosa.

—¿Vas a menudo a fiestas?

—No muy a menudo. Estas cosas son un poco lentas para mí. Prefiero jugar al fútbol y montar a ca... caballo. Me voy a Winchester el otoño próximo.

—¡Oh!

Muriel se preguntó qué misteriosa conexión ligaría Winchester a las fiestas. Winchester, ciudad del condado de Hampshire. ¿No era así? Hampshire... Winchester, junto al Itchen. Muriel había sido siempre muy buena en geografía. Los lugares pueden volverse reales para uno. Winchester. Fiestas. Ella vio la ciudad, rica en farolillos oscilantes, mientras desde todas las ventanas de sus calles iluminadas sonaban y percutían las melodías y ritmos de las polcas.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro!

La música se detuvo. En las quiméricas calles de Winchester y en el salón de actos de Kingsport se hizo el silencio.

Godfrey soltó la mano de Muriel y aplaudió vigorosamente. Él encaraba la vida con la genial determinación de encontrar a todo el mundo tan agradable como todos, obviamente, lo

encontraban a él. Aun no habiendo disfrutado precisamente de su baile con Muriel, le dedicó a ésta una amable sonrisa. Ella era una criaturita curiosa y, aunque era imposible bailar peor, no estaba del todo mal.

Muriel le devolvió agradecida la sonrisa, como diciendo: «Gracias por no recordarme lo mal que bailo».

Godfrey disfrutaba de la confortable sensación de haberle hecho un favor. Las sonrisas de Muriel lo propiciaban.

La polca no se repitió. El pianista se volvió para concentrar su atención en la palma. Godfrey llevó a Muriel de vuelta junto a su madre.

—¿Te ha pedido él más bailes, querida?

—No, mamá.

Aquél fue el primer baile. Un segundo y un tercero lo siguieron mientras la Sra. Hammond hablaba con la madre de Nancy Cartwright, sin que nadie prestara atención a Muriel. Permanecía ésta sentada en silencio, disfrutando de la fiesta. No parecía haber nada mejor que mirar y escuchar.

La señora Hammond se volvió hacia su hija.

—Déjame ver tu carné de baile, querida.

En la página vacía destacaba conspicuamente, por su soledad, el nombre de Freddy.

—Santo cielo —exclamó la madre de Nancy Cartwright—, ¿no conoce Muriel a los niños de aquí? Haré que Nancy le presente algunos amiguitos. Nancy está coqueteando un poco. Es tan popular...

—Muriel es muy tímida —la voz de la señora Hammond sonaba, para su propio gusto, algo severa—. En realidad, conoce a casi todos. Pero, naturalmente, me gusta que los niños se comporten como tales; y ella no se ha conducido del modo en que lo hacen estos niños de Kingsport.

Mas a pesar de su desprecio implícito por los sofisticados niños de Kingsport, la Sra. Hammond se levantó al final del baile y encontró otra pareja para su hija. Se trataba de una

personita rosada que lucía una chaqueta Eton demasiado corta. El elegido bailaba incluso peor que Muriel, y en su descoordinado avance ambos causaron estragos entre las otras parejas. Después de dos vueltas alrededor del salón, la pareja se deshizo, con gran alivio del pequeño. Muriel permaneció de pie junto a la puerta, un poco aturdida e intimidada al ver que una vorágine de espumosos vestidos de muselina se interponía entre ella y el refugio de la silla junto a su madre.

Cerca de la puerta se sentaba la pobre Rosie Harpur. Todo el mundo, en una conspiración general de lástima, se refería a ella como la «pobre Rosie». Ella aún no había tenido ni un solo baile. Sus manos regordetas asían un carné de baile vacío. Su cabeza redonda asomaba por encima del cuello de volantes de su vestido blanco como un melón en un plato. Tenía el cabello lacio y amarillo, y unos ojos azules y mirones, y a Muriel le recordaba a su muñeca Agatha, a la que había descartado sin remordimientos hacía tres años.

Curiosamente, la señora Marshall Gurney estaba hablando de la pobre Rosie en aquel momento. Muriel podía oírlo bastante bien.

—Pobre Rosie, realmente no sé qué hacer con esta niña. Ojalá no la trajeran a las fiestas. Una tiene que invitarla, naturalmente, por el bien de los padres, pero es inútil tratar de encontrar compañeros para ella.

La ordenada mente de Muriel registró un nuevo fragmento de información. El pecado más vergonzoso en una fiesta era no tener compañeros para bailar. Permanecer tranquilamente sentada en el salón de casa era algo virtuoso. La misma conducta en el salón de actos de Kingsport era una indeseable combinación de infortunio y falta de urbanidad. Para hacer realidad la fiesta en toda su magnificencia, una debía tener el carné de baile lleno de nombres. Cualquier otra cosa era un fracaso. Disfrutar de la música, la gente, la belleza... no contaba para nada. Eso no era la fiesta.

Una sensación de vergüenza se apoderó de ella. Aprovechando la confusión general al término del baile, trató de abandonar la sala inadvertidamente. La Sra. Marshall Gurney, sin embargo, la vio.

—Bueno, Muriel, ¿es que has reñido con tu compañero? ¿Qué tal lo estás pasando?

—Muy bien, gracias.

—¿Muchas parejas?

«¿Muchas? Oh, sí, muchas». Tres eran más que suficientes para ella. Muriel intentó reconciliar su conciencia con la mentira.

—Sí, gracias —respondió ella.

La gran dama asintió con la cabeza.

—Eso está bien entonces.

Muriel se escabulló.

Ella no había dicho una mentira. De ninguna manera. De todos modos, se sentía como si lo hubiera hecho.

Debajo de la escalera halló un rincón crepuscular que le serviría para ocultar su confusión. Estaba a punto de entrar cuando un murmullo de voces le indicó que ya estaba ocupado. Volvió corriendo al guardarropa, un tanto desesperada entonces en su anhelo de soledad. Una dama anciana y maternal, envuelta en seda negra y brillantes abalorios, alzó la vista hacia ella desde su asiento junto al fuego.

—Bueno, querida, ¿es que has perdido algo?

No deseando arriesgarse a soltar un segundo embuste, Muriel huyó de allí.

La puerta del comedor estaba entreabierta. En su interior percibió destellos de cristal y plata, de temblorosas gelatinas carmesíes y cremas apiladas, de jarras llenas hasta el borde de naranjada y limonada. No había adultos inoportunos y preguntones que pudieran echarla de aquel santuario. Se introdujo furtivamente y se ovilló sobre una silla cercana a la puerta. Hasta allí le llegaban ecos de música, de risas, de ocasionales aplausos.

Sacó el carné de baile de su escondite en su fajín y, con la cabeza algo ladeada y la punta de la lengua entre los labios, comenzó a escribir en él:

Primera polca: Godfrey.

Primer *Schottische*: Billie.

Primer vals: Frank.

Y así sucesivamente hasta el final de la lista. Cuando el carné estuvo completo, lo examinó con orgullo. A partir de entonces, si alguien le preguntaba, podría enseñarlo sin sentirse avergonzada.

¡Qué hermoso espectáculo ofrecían las mesas! De cada vaso sobresalía una servilleta japonesa de papel de colores. Una había sido doblada en forma de lirio; otra, de corona. Arrodillándose sobre el asiento, dejó la cabeza colgando extáticamente sobre una servilleta plegada como un abanico violeta. Una bandeja de plata, llena de dulces rosas y chocolates envueltos en papel dorado, descansaba junto a su codo. ¡Qué encantador resultaba todo!

A nadie podría importarle que Muriel tomara un dulce. Después de todo, éstos pertenecían a la fiesta y ella se hallaba en la fiesta. Estaban ahí para ella. Y puesto que ella no bailaba y se aprovechaba tan poco de la fiesta...

Estirando los dedos tentativamente tomó un dulce, el dulce más pequeño, porque no era una niña golosa. Mordiéndolo con delicadeza, pedazo a pedazo, con sus pequeños y firmes dientes, saboreó cada bocado con exquisito deleite.

Aquello era la fiesta. Por fin ésta la había encontrado. Protegida de las alarmantes e incomprensibles regulaciones del mundo, pudo saborear el glorioso secreto que la mantuviera despierta durante noches de espera curiosa.

Absorta como estaba, no se percató de que la música había cesado.

De pronto se oyó un sonido de voces procedente del corredor. Una mano invisible abrió la puerta de par en par y Muriel quedó a la vista de todos.

El salón no tardó en llenarse de gente que la miraba: madres con gesto desaprobatorio; niñas y niños con expresión de asombro y suficiencia; su propia madre, horrorizada y al borde del llanto; la señora Marshall Gurney, diplomática e insufrible.

—Naturalmente, su pequeña Muriel es libre de servirse unos cuantos dulces. Me atrevo a decir que tenía hambre. A los niños les encantan estos bombones de almendra de Fuller's.

—Oh, Muriel, ¿cómo has podido hacer algo tan horrible? Dolía en el alma ver a su madre tan consternada.

—¡Muriel Hammond ha estado comiéndose los dulces! ¿Creéis que nos habrá dejado algo para cenar?

Ése era Freddy Mason. Estaba riéndose. Todos lo hacían. Se reían o se burlaban o miraban para otro lado, fingiendo no darse cuenta.

Aquello era más terrible que la peor de las pesadillas imaginables.

Pero la hora que siguió fue aún más terrible. Su madre quería llevársela a casa, aunque la señora Marshall Gurney no permitió tal cosa. Así que Muriel hubo de permanecer sentada en aquella silla junto a la puerta durante toda la cena. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para probar las empanadas, los pasteles y las gelatinas. Simplemente no podía tragar.

—Claro, ya está llena —comentó despiadadamente Nancy Cartwright.

¿Cómo podía explicar Muriel que su trasgresión se había limitado a un pastelito rosa —el más pequeño de los dulces—, habiendo podido optar por el gordo y redondo coronado por una almendra?

Muriel y su avergonzada e infeliz madre aprovecharon la primera oportunidad que tuvieron para escapar de allí.

El trayecto hasta casa fue, seguramente, lo peor de todo.

—Muriel, ¿cómo has podido hacer algo tan horrible, querida? ¿Cómo has podido decepcionarme así?

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Muriel, para gotear a continuación sobre el cuello de su capa escarlata.

Habiendo olvidado su madre que Muriel tenía que viajar en el pescante, a mitad de camino a casa ésta comenzó a sentirse mareada. Mas no se atrevió a decir nada, pues cuanto pudiera decir sería utilizado como evidencia en su contra.

—Nunca imaginé que mi pequeña Muriel pudiera ser tan desobediente y tan golosa. ¿No sabías que la gente en las fiestas no va y se come toda la cena? ¡Qué pensará la señora Marshall Gurney!

Fue algo verdaderamente espantoso.

Pero ¿cómo explicar que se había limitado al dulce más pequeño?

De regreso en casa, encontraron a Connie dando vueltas sobre la cama en el cuarto de las niñas, aún iluminado por el fuego.

—¿Ha sido hermoso, Mu? —preguntó ella—. ¿Ha sido hermoso?

La señora Hammond le ahorró a Muriel el mal trago de tener que responder.

—Muriel ha sido una niña muy traviesa, Connie. Y tú debes echarte a dormir y no hablar con ella.

¿No hablar con ella? ¿Muriel, traviesa? ¿La buena Mu? ¿La que siempre había sido considerada un modelo para la traviesa Connie? Allí, ciertamente, había algo extraordinario.

Connie se arrebujó bajo sus mantas con expectante sumisión; pero incluso después de que la señora Hammond, con grave disgusto, le diera un beso de «buenas noches» a Muriel, la culpable no dijo nada. Permaneció mirando la luz

parpadeante del fuego con los ojos muy abiertos y arrasados en lágrimas, diciéndose una y otra vez: «La fiesta se arruinó, la fiesta se arruinó».

Pues, desdichada como se sentía, ésta era su angustia más desgarradora, la de pensar que, por alguna misteriosa crueldad del destino, ella no había llegado a encontrar la fiesta.